

D el amor y del odio: El encuentro con los semejantes.

Carlos García García

Psicólogo - Psicoanalista. Miembro de la Asociación de Estudios Psicoanalíticos de Valencia

C/ Mestre Racional 15 - 8ª • Tel.: 96 333 36 27

RESUMEN

En este trabajo se realiza, en primer lugar, un análisis de lo que supone en los niños la elección subjetiva de lo que se denomina sexo simbólico y las diferencias que existen, en general, entre niños y niñas respecto del proceso de socialización. En un segundo punto, se expone un caso clínico en el que puede verse la particularidad de estos aspectos. Por último, se hace una reflexión sobre la atención al caso individual en oposición a la generalización de las técnicas terapéuticas.

PALABRAS CLAVE

Celos, rivalidad, agresividad, sexuación, Otro materno, función paterna, otro semejante.

INTRODUCCIÓN

Desde la perspectiva del psicoanálisis, los celos, la rivalidad con los semejantes, son entendidos como la primera forma de relación del sujeto con los otros. En toda relación humana, por amistosa que sea, existe un trasfondo de agresividad que plantea al sujeto una dualidad esencial: "o él o yo". La identificación, el amor, supone una apropiación por parte del sujeto de la imagen de otro y por tanto, una pérdida narcisista. Se confunden así odio y amor. Es bajo esa contradicción como el sujeto se inscribe en la sociedad.

EL ENCUENTRO CON LOS SEMEJANTES

Que un sujeto se precipite en el mundo como varón o mujer (sexo anatómico) no le predispone necesariamente a relacionarse con cuanto le rodea desde una posición masculina o femenina, o lo que es lo mismo activa o pasiva (sexo simbólico). De esta forma, hay distintas posibilidades para el sujeto (varón - posición masculina, varón - posición femenina, mujer - posición masculina, mujer - posición femenina) desde las que se dirigirá a sus objetos de amor que a su vez podrán ser hom-

bre o mujer / masculino o femenino. Del resultado de estas combinaciones y de las circunstancias individuales en las que transcurre la vida del individuo resultará, posteriormente la estructura de cada sujeto (psicótica, perversa o neurótica).

De todo ello, lo único que es preestablecido en el sujeto es su sexo anatómico. Por el contrario, el sexo simbólico (la sexuación), el objeto de amor y la estructura suponen una elección inconsciente por parte del sujeto en su primera infancia, en función de las mencionadas particularidades de su vida, fundamentalmente de la posición que ocupará respecto del deseo de sus padres (cada uno de ellos con su propia elección de sexo, objeto y estructura).

Mi experiencia en el trabajo con niños muy pequeños me ha permitido observar cómo en muchos casos, no en todos, se recorre un determinado camino hacia lo que podríamos llamar el encuentro con los semejantes.

Con el ingreso en la escuela infantil, el niño sufre por primera vez la experiencia de separación efectiva de su madre en la realidad. Es abandonado radicalmente y entregado a personas extrañas. A este acontecimiento, seguirán días, semanas de intenso sufrimiento para el niño, más intenso y duradero cuanto más sea compartido por la madre. Es un tiempo de angustia, de gritos y lloros inconsolables que el niño pasará junto a la puerta, ignorando a

los que le rodean, inmerso en un alarido sin fin.

Pasado este tiempo inicial, el niño deja de llorar en el aula, pero no perdona el abandono y se lo recuerda a su madre cada vez que ésta lo deja y lo recoge. La proximidad al colegio en presencia de la madre, impulsa al niño a pedir explicaciones, que sólo cesan cuando, ya lejos, vuelven a su paraíso de completud.

El niño encuentra más tarde una solución a la persistente rutina de abandono que le permitirá mitigar parcialmente su sufrimiento. Tal es: hacer de la maestra una sustituta, aquella que ocupará el lugar de la madre en su ausencia. Se hace un llamado a la maestra en ese lugar, posición que ésta aceptará, al menos temporalmente, para ganar la confianza del niño. Éste la llamará entonces "mamá" y se comportará respecto de ella como con su madre: reclamando constantemente su presencia, llorando si se ausenta y, por primera vez, rivalizando por ella con los otros niños, ignorados hasta entonces.

No puedo decir que haya diferencias en este momento entre niños y niñas en lo referente a la relación a un Otro materno al que completar y a unos otros con los que rivalizar, aunque sí existen diferencias individuales, por ejemplo en la necesidad beligerante.

Así, unos más que otros, luchan por estar junto a la maestra, tocándola, por ser el único objeto de su mirada. Se inauguran en ellos los sentimientos de propiedad y celo que se trasladan a la lucha por los objetos de la realidad, generalmente juguetes. Si otro niño está junto a la maestra, o ésta se le dirige amorosamente, o bien si tiene determinado juguete, el niño no dudará en golpearle, morderle, arañarle hasta conseguir separarlo de su objeto de amor.

Al no encontrar en su cuerpo, en sus palabras, aquello enigmático que al

Otro le falta, lo buscará afuera, en el semejante, al que se identificará, alienado, en una dialéctica que oscilará entre el amor y el odio. La agresividad, los celos resultan de un acto del sujeto para recobrar aquello que supuestamente una vez perdió y que permanece como ideal de completud.

En esta etapa, en la que la maestra es identificada en una posición materna, no existe para el niño ley ni orden que gobiernen su actuación. Pero antes o después la maestra vendrá a frustrar la demanda del niño, demanda de maternaje. No respondiendo se descolocará de esa posición, apareciendo entonces encarnada en otro lugar, en el lugar de la ley paterna.

El caos que gobernaba la vida del niño respecto de la relación al Otro se torna orden respecto de un padre que dicta y ejecuta la ley. Una ley de la buena convivencia entre semejantes, represora de la agresión entre hermanos. El niño ya nunca podrá tomarse la justicia por su cuenta sin el riesgo de recibir un castigo por ello. Pero la existencia de la ley implica el deseo de transgredirla, alimentado por el impulso agresivo contra los otros. Ley y transgresión, orden y violencia se confunden entonces en la denuncia, en un reclamo de justicia. El niño llamará a la maestra para denunciar que otro niño le agredió, y no sólo eso, sino también que él, como tercero, vio como un niño pegó a otro.

Esta aparición del padre que ordena, que instaura la ley prohibidora del incesto y de la agresión, parece ser mejor aceptada por las niñas que por los niños. No digo con esto que las niñas acepten de buena gana la propia castración, sino que pueden sobrellevarla con menos angustia. Hay ya, por tanto, una diferencia.

El padre es llamado para liberar de la angustia ante la castración del Otro y

el precio que pide a cambio es la castración subjetiva. Por lo primero se le ama y por lo segundo se le odia. La diferencia que planteo entre niñas y niños en este punto es que en aquellas se da una prevalencia del amor al padre y en éstos una prevalencia del odio. Un afecto no excluye al otro, pero pienso que queda más destacado dependiendo del sexo del sujeto.

El pedido liberador al padre es el mismo en ambos sexos pero la asunción de sus consecuencias no. La niña se sentirá más tranquila bajo la ley del padre y demandará con más frecuencia su intervención. El niño, por el contrario, intentará todavía desafiar esa ley. Respecto de la función paterna, el sexo del sujeto hace diferencia: el niño rivaliza y la niña seduce.

Así en el lenguaje y la percepción comunes, oiremos decir y veremos que, en general, las niñas son más tranquilas, responsables, obedientes y aplicadas y los niños más activos, indisciplinados, desobedientes y poco trabajadores.

Esta diferencia de posición se puede ver bien en sus juegos. Los niños preferirán juegos de lucha, de enfrentamiento, de competición, en los que pelean todos contra todos y hay pocas normas. Las niñas, en cambio, ejercitan un juego más simbólico, en el que las participantes representan papeles de adulto y en el que existen unas normas bien delimitadas.

La existencia de estas reglas de juego, más utilizadas por niñas que por niños, supone la presencia de una "ordenadora" que decide quien puede o no jugar, quien representa cada papel y cómo se juega. Esta figura de la líder no tan presente en el caso de los niños, evidencia el hecho de que las relaciones de rivalidad y dominancia, aunque de manera menos explícita, también están presentes en el caso de las niñas. Así éstas jugarán a médico - enfermo,

PRAXIS

tendera – cliente, profesora – alumno, habiendo siempre una dominante y una o varias dominadas.

Los amigos, la pandilla, se convierten así en una necesidad ausente en un tiempo anterior para, a través de la identificación, representar día a día el drama subjetivo. Este drama: la propia castración y la simbolización del falo, en referencia al padre, posicionará al sujeto de distinta forma dependiendo de su sexo. Así, los niños pueden utilizar el nombre, la actividad de rivalizar o el fetiche. Las niñas, al no disponer de esas armas, esperarán, pasivamente, recibir el falo del padre y así responder a una pregunta imposible ¿Qué es ser una mujer?. La otra niña, la líder, será ese referente de la otra mujer que sabe cómo serlo y por ello se la amará, se la odiará, incondicionalmente.

EL CASO

Ana es una niña de nueve años que ya en la primera sesión plantea una queja muy concreta: en el colegio tiene una compañera, a la que llamaré Pepa, que es la jefa absoluta de todas las niñas. Frecuentemente Pepa convence al resto de amigas para dejar a una sola, y quien se acerque a ésta correrá su misma suerte.

Esta marginación total ha sido sufrida por Ana en bastantes ocasiones y lo pasa muy mal. Vive con este miedo, con esta angustia, todos los días. Lloro por ello y no quiere ir al colegio por las mañanas por temor a que Pepa decida meterse con ella.

En casa se imagina diciéndole a Pepa lo que le sucede, enfrentándose a ella. Pero luego en el colegio, cuando la tiene delante no se atreve. Dice: "no me sale la voz ni las palabras (...) no puedo decirle a Pepa lo que me pasa porque descubriría mi punto débil y me atacaría". Queda paralizada ante la otra niña y hace como si no pasara nada. Lo que a Ana le gustaría es tener "la fuer-

za" para enfrentarse con Pepa. Esta situación es vivida por Ana como un gran problema, su único problema, sobre el cual me pide ayuda.

En su casa por el contrario, muestra mucho carácter, queriendo siempre imponer su criterio sobre su único hermano, dos años menor, y siendo muy exigente con sus padres y con la chica que la cuida.

En uno de sus muchos dibujos, Ana pinta a su familia de la siguiente forma:

1º En el centro, ella con un bebé en sus brazos.

2º A su derecha, su padre, inclinado hacia ella.

3º A la derecha del padre, el hermano.

4º A la izquierda de ella, su madre, de perfil, mirando a los demás. La tacha.

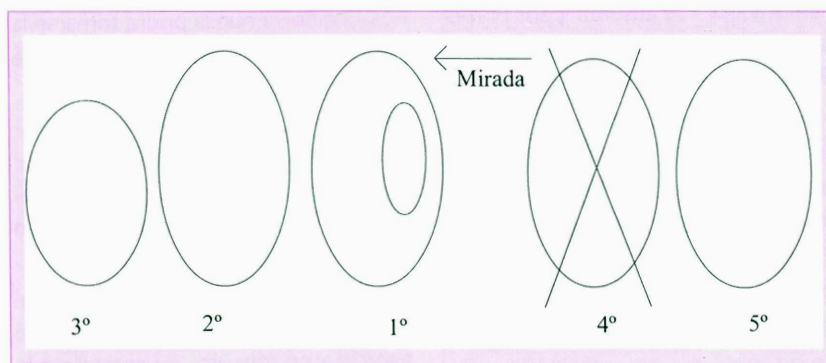
5º Más separada, la madre, ahora de frente y embarazada.

solución inteligente: que tenga un bebé para ella sola; y así la dibuja aparte, embarazada. El hermano es feliz, porque, según Ana, los chicos son más fuertes. Y dice: "No me refiero a la fuerza, sino a ser valientes, no sé explicarlo".

Este dibujo tan explícito representa el deseo de ocupar un lugar prohibido, incestuoso, el lugar de la madre respecto del padre. Éste la hará mujer dándole un hijo que le hará ser fuerte, toda completa. Esta fuerza no es conseguida por la misma vía que el varón, la actividad, sino por una vía pasiva, por la seducción del padre.

Ese hijo del padre va a ser reclamado por la madre que mira faltante, devoradora. Angustia primordial de la que Ana pretende escapar ignorando esa falta en el Otro y representando una madre encinta, completa, como ella.

Comentaré ahora algunos recuerdos de Ana:



6º Por último rodea con un círculo las figuras de ella misma y de su hermano.

Este dibujo me parece importante porque viene a plantear la pregunta fundamental de la paciente: ¿Qué es ser una mujer?. Una particular dificultad de ubicación, especialmente en la histeria.

Ana hace pareja con el padre en función de un niño recién nacido. La madre que contempla el incesto, despojada de su bebé, es tachada, barrada. Ana no soporta su mirada y encuentra una

1º Recuerdo. El día en que nació su hermano: "Mi tía me llevó al hospital y cuando entré en la habitación vi a mi padre, al niño en la cuna y a mi madre durmiendo. Creí que ella había muerto y salí corriendo de la habitación llorando y gritando. Mi padre vino para consolarme y me dijo que mamá estaba bien, que sólo dormía. Entonces me hice pis encima".

Ana llora angustiada por la desaparición de su madre. El padre viene a poner las cosas en su sitio, cumpliendo con

su función, al asegurar que la madre vive. Entonces Ana se hace pis, síntoma que aún el goce y su prohibición.

2º Recuerdo. "Yo ya había dejado de hacerme pis encima durante el día pero por la noche usaba pañal. Si me despertaba y pedía pis, mi padre me decía que me hiciera en el pañal".

Desde que los padres de Ana decidieron quitarle el pañal por las noches ha sido el padre quien la ha acompañado al baño cada noche antes de acostarse y quien estaba pendiente cada mañana del estado de las sábanas. La madre no opone obstáculo a los encuentros del padre y la hija entorno al pis: es él quien atenderá a la niña cada vez que ésta le llame. La aparición de los episodios enuréticos fueron variando su frecuencia con el paso del tiempo, pero nunca han desaparecido, habiendo épocas en las que ocurrían todas las noches y otras en las que pasaban uno o dos días entre episodios. Su pediatra recomendó unas gotas que nunca dieron resultado.

La niña, con el hijo dado por el padre, es fálica, pero con la condición de la muerte de la madre, o lo que es lo mismo, con la madre, a su vez completa con otro bebé.

El acceso al falo por la vía del varón, por la vía de la actividad, queda imposible para ella por el riesgo de masculinización que comporta. Así, la seducción del padre permitirá un acceso al falo, a ser el falo.

Pero esta completud es imposible en sí misma, y angustiante en su posibilidad. Puede darse una identificación al lugar de la madre, pero hasta cierto punto, sobrepasado el cual el padre caerá de su posición quedando la sujeta enfrentada al Otro faltante.

3º Recuerdo. "Mi hermano y yo nos poníamos encima de la cama y jugábamos a que íbamos en un barco que se hundía, yo era la madre y él era el hijo". Cuando le pregunto sorprendido por

el padre dice: "se había ahogado". Cuando la seducción tiene éxito, el padre muere, quedando ella, a la deriva, frente al Otro.

Tener un hijo del padre, ser fuerte, le sitúa en un callejón sin salida frente al Otro devorador. La otra vía, la de la rivalidad, tener la fuerza, pone en riesgo su feminidad. Por ello, para Ana permanece abierto el enigma: ¿Cómo se puede ser una mujer? ¿Qué tiene que tener una mujer para valer algo? Saber es lo que está en juego.

Para Ana es Pepa quien le puede mostrar el camino, quien le dará las claves. Por ello la adora y acepta ser dominada. Hará cualquier cosa con tal de ser su amiga. Enmudecerá, quedará paralizada en su presencia, por miedo a ser rechazada, a que no comparta con ella el saber que le supone sobre la feminidad.

Ana puede ser fuerte en casa, donde ya no le sirve para nada serlo, pero no puede tener la fuerza en el colegio, donde puede aprender a ser mujer. Lo que me pide Ana es saber, saber sobre su enigma. Para ello pone en juego la seducción, a la cual me presto en un principio. Me regala dibujos con cariñosas dedicatorias, me cuenta historias que supone me agradarán y muestra interés y aplicación en el tratamiento.

En un determinado momento insiste mucho en que le diga si su hermano me parece guapo o feo. La pregunta, evidentemente, es si ella me parece guapa, si me podría seducir. Pregunto a la que no respondo, acto que plantea un interrogante a la paciente. Mi no-respuesta le enfurece e insiste en su pregunta. Al no encontrarme en el lugar esperado, al ver frustrada su demanda de amor se vuelve arisca, me riñe, dice no querer volver y sobre todo insiste en que no sé nada de lo que a ella le pasa, que no puedo solucionar sus problemas.

Frustró la demanda de amor, porque por primera vez aparece un deseo respecto del analista. De haber mantenido la anterior posición, en la misma serie que su padre, nada podría progresar. Mi posición cambia y con ello la de la paciente. Frustrada la posibilidad de la seducción, se abre el interrogante sobre la diferencia de los sexos, sobre su sexualidad.

Dice que ella se considera la más fea de la clase, aunque sus compañeras le dicen que es guapa. Cuando le pregunto qué dicen los chicos responde que no le gustan los chicos, que no quiere saber nada de ellos.

Dice que no hay ninguna diferencia entre chicos y chicas. "¿Ninguna?", pregunto. Se pone nerviosa, se enfurece ante la evidencia de su no querer saber nada de la diferencia sexual, de la castración. Dice que ha visto a su padre desnudo y que no se avergüenza de ello, ni de lo que ella tiene. Bueno, de enseñar lo que tiene sí. Dice que hay diferencias entre personas que sí tienen y personas que no tienen, pero no puede decir qué es, le da vergüenza.

En la siguiente sesión dirá que los chicos "chulean" y las chicas no, por eso no le gustan los chicos. También dice que las faldas son ridículas y que ella no las lleva porque algún chico podría levantárselas.

Lo que en esta niña se jugaba del lado de la actividad rivalizante, tener la fuerza, suponía una identificación con los varones, una masculinización, de la que nada quería saber. Su única vía posible era, entonces la de ser fuerte, por la seducción, con sus consecuencias angustiantes.

Lo que ha permitido el análisis es que la vía regresiva de ser el falo, de ser fuerte, a través de un hijo del padre seducido, muerto, con la consiguiente angustia ante la castración del Otro, pierda

PRAXIS

consistencia en favor de una vía más progresiva, la de la envidia de pene, en la que se juega tener el falo, tener la fuerza para actuar, sin que la feminidad sea puesta en riesgo.

Pudo tomar la decisión de dejar de tomarse las gotas y dejar de hacerse pis, significativo ya sin consistencia. Por otra parte, ha podido elaborar que no se trata de ser toda amor, como cuando adoraba incondicionalmente a Pepa, ni toda crueldad, como cuando la compartía con ella, exiliando a otras niñas, sino que puede haber un punto intermedio que oscile entre esos extremos. Ya no se trata de ser radicalmente toda, sino que se puede ser media. Dice: "Si no tienes crueldad, no eres nadie. Yo puedo ser cruel, pero Pepa siempre lo es un poco más".

Frustrar la demanda de amor; no caer en la posición de un padre "ahogado", seducido, permitió efectuar ese giro, hablar de la diferencia sexual y situarse como mujer, sabiendo algo de su propia castración. Ahora podrá ya "encontrar las palabras" para enfrentarse con Pepa, o mejor, dejar de buscarlas y limitarse a ser su amiga.

REFLEXIÓN

Que existan determinantes que expliquen el devenir de un sujeto no implica que, en iguales circunstancias, otro sujeto resultará con la misma estructura y conflictos que le hagan enfermar. Hermanos, incluso gemelos, con los mismos padres, nunca serán iguales en su modo de vivir. Es el sujeto quien decide, quien elige cómo posicionarse, en función de las particulares circunstancias que le acontecen desde el nacimiento, en especial respecto del deseo de sus padres. Esta elección inconsciente es reprimida. Lo que se reprime es justamente la propia responsabilidad del sujeto en esa elección. El sujeto, como responsable de sus elecciones, enferma en nombre propio, por la culpa de haber elegido determinado camino, por

el conflicto que toda elección conlleva. En cada circunstancia que le acontezca, por ajena que parezca a él mismo, está implicado de una forma activa o pasiva.

El hecho de que exista la elección subjetiva nos muestra a diario en la práctica clínica que no cabe generalización posible y que sólo nos podemos remitir al caso por caso. Sólo el sujeto podrá dar cuenta de su estructura y el analista sólo podrá hacer referencia a las palabras y actos de ese sujeto bajo transferencia para dar cuenta del caso.

Es relativamente fácil para alguien (médico, psicólogo, psicoanalista...), situado para el paciente en un lugar que se le supone un saber sobre su enfermedad, hacer desaparecer los síntomas de los que se queja. Basta sólo con utilizar la técnica y la sugestión. Pero esto curará sólo de ese síntoma, no de la enfermedad que buscará nuevas vías de acceso, nuevos síntomas para hacerse presente. La impotencia, por ejemplo, no es algo que se concrete únicamente en la falta de erección del miembro sexual masculino, que es lo que se ve y de lo que se queja el paciente, y que se cure, por ejemplo, con Viagra. El miembro quizás vuelva a funcionar, incluso con un placebo o con la sola presencia del terapeuta, pero el sujeto seguirá impotente respecto de aquello que le ha hecho enfermar, que es su propia estructura.

La sexualidad está en la base de la constitución de cada sujeto y la relación sexual es la particular forma en que cada individuo se relaciona con sus semejantes, con los otros. Por tanto, permitir hablar al sujeto y escuchar su discurso desde la neutralidad, es decir, no haciendo obstáculo a lo que se dice con la propia estructura de quien lo escucha, permitirá que el sujeto atraviese en la transferencia (en la que el analista se prestará a ocupar aquellos lugares en los que el sujeto le sitúe), esa particular forma de posicionarse frente a la vida, frente a los otros, que le ha hecho enfermar. No es posible,

entonces, "enseñar" al sujeto a manejar su vida acomodándola a determinados cánones de un supuesto buen hacer con el sexo, con los demás o con la propia existencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Freud, S. *Introducción al Narcisismo (1914)*. Obras Completas, tomo VI. Ed: Biblioteca Nueva.

Freud, S. *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos.... (1921)*. Obras Completas, tomo VII. Ed: Biblioteca Nueva.

Lacan, J. *El estadio del espejo como formador de la función del yo....* Escritos. Ed: Siglo XXI.

Lacan, J. *La agresividad en psicoanálisis*. Escritos. Ed: siglo XXI.